



EL ENIGMA DE LA DISGREGACION COMUNISTA

François FURET

Los dos caracteres más marcados de la disgregación del comunismo son la rapidez del fenómeno y su imprevisibilidad. Si hubiese sido más lenta, esta disgregación nos habría parecido menos espectacular. Si hubiera sido más previsible, no habría habido esta ruptura de nuestros hábitos de análisis y nuestros esquemas políticos.

Que haya sido repentina no quiere decir que haya acabado. La Unión Soviética sigue descomponiéndose ante nuestros ojos, e incluso en los países más completamente emancipados de su tiranía como Checoslovaquia, Hungría o Polonia, se ve claro cuán complicada va a ser la restauración, por ejemplo, de la propiedad privada o del reino de la Ley. Pero, sin embargo, todos nos damos perfecta cuenta, de que la historia del comunismo se ha roto en el año 1989 en un antes y un después, y que se ha franqueado un umbral decisivo: el que separa la reforma de un sistema de su descomposición. Por mucho que sea el talento de Gorbachov para adaptarse al acontecimiento, para parecer el jefe, la cascada de rupturas que ha sacudido el mundo comunista en 1989 no es el pro-

ducto de un proyecto, sino un encadenamiento de crisis que se asemejan, por su propio ritmo, a algo así como una catástrofe natural, independiente de los hombres en el poder, al menos de sus intenciones. Para comprenderlo se puede partir de un balance, aunque sumario, de lo que ha sucedido.

Lo que más ha chocado a la opinión es el alejamiento repentino, aunque llevado a cabo de forma fácil, de los partidos del Imperio soviético que habían estado sujetos al conjunto en los últimos tiempos, es decir, desde la II Guerra Mundial. De momento, únicamente los Estados bálticos, anexionados en 1940, eluden la regla (reclamando su emancipación) bajo el pretexto de que habían sido incorporados a la Unión Soviética y que su separación necesita, en consecuencia, un procedimiento especial. Pero, de hecho, Bulgaria, Hungría o Checoslovaquia estaban igual de sometidos a Moscú que ellos, ocupados por el ejército soviético: ya se había visto claramente en Praga en 1968 (igual que en Budapest, en 1956). Incluso existía una especie de consenso internacional acerca de este estado de hechos, ya que ni en 1956, ni en 1968, Occidente había contemplado la posibilidad de ayudar a los húngaros o a los checos. La intervención soviética consiguió apoyo sobre una especie de jurisprudencia internacional.

Ahora bien, este Imperio soviético en Europa se ha derrumbado como un castillo de naipes en pocos meses. Polonia, y después Hungría, habían abierto el camino de la emancipación, con un estilo que respetaba el *statu quo* internacional; pero la precipitación de los alemanes hacia la frontera que se había abierto entre Hungría y Austria en 1989 inauguró un fenómeno de una naturaleza distinta: la reconquista de una independencia completa frente al «protector» soviético, incluso al precio de una modificación radical en la relación de fuerzas entre los dos grandes que dominaban el planeta desde 1945. El caso de Alemania del Este es típico a este respecto. El conocimiento común de las cancillerías y de los especialistas siempre ha consistido en pensar, desde la guerra, que la Unión Soviética no abandonaría su dominio sobre la RDA más que aprovechando un chalaneo que le garantizara la superioridad militar en Europa; lo que hacía pensar que no abandonaría nunca, sin un precio imposible de pagar por el Oeste, esta carta decisiva en su juego internacional. Sin embargo, he aquí que, en octubre de 1989, la dejó sin ninguna contrapartida, ofreciendo en bandeja al canciller Kohl la ocasión de su vida, después de tantos años de haber predicado contra «los revanchistas de Bonn».

Otro aspecto de la misma historia: en unos cuantos meses la Unión Soviética ha pasado del estatuto de superpotencia a la situación del gran país enfermo de Europa. El tránsito no tiene en sí nada de inédito o de inverosímil, en la medida en que todas las potencias de la tierra son perecederas —incluidos los más formidables imperios—. Europa guarda el recuerdo del Imperio Otomano, que alimentó sus temores durante los

siglos XVI y XVII, antes de ser objeto de su conmiseración y de su codicia en el siglo XIX. Pero el vasto mosaico de pueblos bajo la dominación turca atravesó una interminable enfermedad de languidez que se tradujo en su desmembramiento final, después de la I Guerra Mundial, casi natural a fuerza de haber sido esperado. Aquí no hay ninguna semejanza: la Unión Soviética pasó, casi en un día, de la situación de gran potencia a la de un imperio en descomposición y de un país temido a un país compadecido. En este extraordinario cambio de opinión hay que hacer hincapié en la extinción de la razón histórica occidental que, atrapada en las redes del marxismo hegeliano, jamás ha sido capaz de sospechar de la dimensión de la mentira oficial en la Unión Soviética. Pero también se debe tener en cuenta otro elemento, a saber, que la disgregación de la «patria del socialismo» y de su Imperio se ha llevado a cabo aisladamente, sin que ningún gran acontecimiento externo venga a revelar su amplitud. Por el contrario: la única prueba exterior, la II Guerra Mundial, ha funcionado en sentido contrario, ya que hizo creer, al mismo tiempo, en la potencia organizada y en el carácter democrático de la Unión Soviética de Stalin.

En realidad, el fracaso del Imperio soviético es un fenómeno interno que no ha sido provocado, o alimentado, o revelado, ni por una agresión exterior, ni por una guerra perdida, ni por una revolución vecina. Vamos a ver: se han producido las tres cosas, pero no han tenido el papel protagonista en la evolución del conjunto. Ni la «guerra de las galaxias» de Reagan, ni la guerra —menos futurista— de Afganistán, ni las revoluciones de la Europa central y oriental están en el origen del derrumbamiento. Han podido acelerarlo un poco, cada uno a su manera, pero la crisis es anterior, ya que según la confesión de los soviéticos mismos, dirigentes y dirigidos, no es otra que la del *sistema social* instaurado por Lenin y Stalin. El fracaso del Imperio ha presentado la particularidad de que ha sido proclamada y —parcialmente al menos— consentida por los que fueron sus principales beneficiarios: los jefes del Partido Comunista de la Unión Soviética. Se ha visto claramente en el transcurso de este famoso otoño de 1989: ha sido necesario que Gorbachov hiciera comprender claramente a las opiniones públicas de Berlín Este o de Praga que el tiempo de las intervenciones militares soviéticas se había acabado para que los pueblos se levantasen contra sus gobiernos sojuzgados y desacreditados. Aquí puede resultar útil para la comprensión de lo que ha sucedido tan rápido en el año 1989 otra comparación. El Imperio napoleónico también cayó en unos pocos meses, a partir del otoño de 1813. También se trataba de un Imperio posrevolucionario, mitad fortificación, mitad tierra de misión, mantenido con mano de hierro por París, sin que, sin embargo, existiese la unidad política e ideológica que ha sido el sello de los partidos comunistas del siglo XX. Mosaico territorial desaparecido más rápidamente aún que la Europa soviética, pero de una forma completamente distinta: por la guerra y por la derrota. Aunque el escaso medio siglo de vida del Imperio moscovita se presenta como un periodo muy corto, a poco que se considere la formidable ilusión de unidad

ofrecida por este imperio y la ausencia de una derrota militar en la que el régimen se había jugado el resto. A diferencia del Imperio napoleónico, el Imperio soviético se ha derrotado a sí mismo. Su desaparición no es imputable a cualquier tipo de accidente ni a un factor extraño a su lógica interna. El principio de su fragilidad había sido depositado en su cuna y ha corroído despiadadamente, por espacio de unas cuantas décadas, la apariencia de fuerza que la victoria de 1945 había dado al mundo nacido de la Revolución de Octubre.

Aquí es donde este acontecimiento resulta único. Único en el sentido de que no hay un precedente comparable. Se le puede ver desde otro signo, negativo esta vez: de la experiencia histórica comunista no parece que subsista nada positivo o al menos utilizable. No queda ni una idea, ni una institución, ni una ley, ni un código. Los pueblos que salen de ella parecen obsesionados por una pura negación del régimen en el que han vivido, es decir, por la pasión de la restauración, restauración del Estado de derecho, restauración de la libertad, restauración de las elecciones, restauración de la propiedad privada, restauración del mercado. O más aún, cuando todo esto no puede ser restaurado, porque realmente no ha existido, no hay más remedio que imitar a la Europa democrática, verdadero punto de referencia de las revoluciones de la Europa central y modelo implícito de la izquierda postsajaroviana en la Unión Soviética. En cualquier caso, de las sociedades que fueron comunistas no surge nada que Occidente no conociera ya y con razón, ya que se trata de los principios liberales que éste había inventado y que Octubre de 1917 había pretendido «superar».

Por esto, la «tabla rasa» que descubre el fracaso del comunismo produce el vértigo del vacío. Nada que ver, aquí tampoco, con el final de la Revolución Francesa o con la caída del Imperio napoleónico. Napoleón, durante mucho tiempo, había sido ese conquistador insaciable, ese prestidigitador de la victoria, hasta la derrota que destruyó todos sus triunfos de jugador con suerte. Pero el día de su caída, dejó en Europa un amplio reguero de recuerdos, ideas e instituciones en los que incluso sus enemigos se inspiraron para vencerle. En Francia, había fundado el Estado de los siglos futuros. Por el contrario, el Imperio soviético ofrece este raro ejemplo en los tiempos modernos de haber sido una superpotencia sin haber encarnado jamás una civilización. No se sabrá jamás, es cierto, si ha sido tan poderoso como Occidente ha creído, debido a la capacidad de mentir sobre la que ha basado sus resultados. Pero el hecho es que ha agrupado alrededor suyo a espías, clientes y colonias, que se ha dotado de un arsenal militar y de una política extraña a las dimensiones del mundo. Ha tenido todos los atributos de la potencia internacional, que la han hecho ser respetada por el adversario, sin hablar de los del mesianismo ideológico, que le han hecho ser adorado por sus partidarios. Y sin embargo, su caída no deja nada en pie: ni instituciones, ni principios, ni costumbres, ni siquiera una historia. Al igual que los alemanes antes que ellos, los rusos son el segundo gran pueblo europeo incapaz de

dar un sentido a su siglo XX, y por ello siente incertidumbre sobre todo su pasado.

De este modo, lo que al final se descubre a nuestros asombrados ojos, no es ni un gran Estado desmembrado o reducido por haber remitido su destino a los azares de la guerra, ni un poder destruido por la revuelta de naciones o de pueblos a los que había esclavizado, sino la disgregación de un sistema social descompuesto menos por su extensión fuera de Rusia que por sus enfermedades crónicas intrínsecas. Pues, si bien es cierto que la crisis general de la Unión Soviética se ha manifestado también por la agitación e incluso el levantamiento de naciones oprimidas, en Asia y en Europa al mismo tiempo, lo que queda es que esta crisis también alcanza el corazón del Imperio. El problema está en Moscú antes de estar en Tachkent o en Praga. La vieja Rusia ha sido la matriz del comunismo; también ha sido el terreno por excelencia donde se han jugado su destino y su liquidación. Por lo tanto, es Gorbachov, y nadie más, quien ha dado la señal y ha abierto la posibilidad. Es en el corazón del Imperio (y en primer lugar bajo Andropov) donde se han asumido los riesgos de su reforma, que han resultado ser también los de su disolución.

Aquí retomo la idea de la que he partido: la estupefacción de Occidente ante el acontecimiento. El Imperio soviético desmembrado por las revueltas nacionales: estaríamos ante un repertorio conocido. La burocracia soviética destrozada por una revolución de las masas populares: el camino también estaría señalado. La segunda superpotencia puesta de rodillas por la primera: la hipótesis sería absolutamente lógica. Pero que el gusano estuviese en la fruta, que la decisión de modificar el sistema pudiese venir de la dirección del PC, que los primeros pasos de esta inmensa conmoción fueran dados por los que tenían el mayor interés en no correr ningún riesgo, era del todo improbable. Ahora bien, no está claro que para que se descompusiera, no solamente el Imperio, sino el sistema comunista, ha sido necesario que se disgregase previamente, o al menos que se desuniese en su centro, lo que relativiza el papel de las revoluciones antitotalitarias de la Europa centro-oriental, sin que nadie niegue su importancia.

Dos cosas que no tienen nada que ver han agravado rápidamente la situación en lugar de mejorarla. La primera, la más sencilla de observar, es el fin del terror policial. El sistema comunista se mantenía por el temor que inspiraba a todos —sujetos individuales y Estados sometidos—. Cuando los hombres y los Estados han dejado de tener miedo, también han dejado de obedecer. El segundo cambio ha afectado el orden de las creencias y es el más misterioso. En la Europa del Este, desde Varsovia a Budapest y a Praga, nadie cree ya en el marxismo-leninismo, incluidos los comunistas, tras la represión por Moscú de las tentativas revisionistas de 1956. El mismo fenómeno se ha producido en la Unión Soviética sin que se pueda conocer la cronología y ha alcanzado también a las élites



del régimen, igual que en la Europa central y oriental. En este desgarramiento de la conciencia comunista, momento capital de esta evolución, también surge la idea de reformar el sistema más que la de abolirlo. La primera es más probable, al menos en una primera fase, pero puede conducir demasiado deprisa a la segunda, como lo demuestran tantos ejemplos, individuales y colectivos. La ambigüedad del gorbachovismo es esa: ¿revisiónismo o salida del comunismo? Ahora bien, la dinámica de la revisión, en medio de una crisis tan profunda, ha llevado al resto de las fuerzas vivas hacia la destrucción. El poder más totalitario que ha aparecido en la historia se ha revelado de esta forma de una fragilidad extrema a partir del momento en que ha perdido dos grandes recursos, la creencia y el miedo. Se ha quebrado como el cristal, un poco por todas partes, y sobre todo en los Estados europeos sometidos desde la posguerra, en el momento en que se ha encontrado expuesto, sin sus armas, a las grandes pasiones que había creído vencer: el sentimiento nacional, el deseo de bienestar y la libertad. Escribo estas palabras sin un orden deliberado y el futuro mostrará cuál de estas pasiones, en cada uno de los países que salen del comunismo, vencerá. Lo cierto es que las tres conducen a estos países, incluida la Unión Soviética, hacia un repertorio de elementos comunes, ya que la crisis general y del Imperio soviético no es más que la señal de la crisis general del comunismo. De este repertorio quedan por analizar las dosis respectivas según los países, las situaciones y las tradiciones nacionales.

Se puede proceder a este inventario yendo desde la periferia hacia el centro, desde los países que han estado menos tiempo al yugo del comunismo hasta el corazón del sistema, allí donde este mismo fue inventado entre octubre de 1917 y la mitad de los años treinta y donde deja la herencia más dramática.

No es que se pueda considerar a los países de la Europa central y oriental, donde su implantación ha seguido más o menos la avanzada del Ejército Rojo hacia el Oeste, como un mero producto de exportación del citado Ejército, impuesto sólo por la fuerza. El poder de Tito, como todo el mundo sabe, no es gran cosa para los rusos. Además, Stalin siempre se ayudó de los partidos comunistas locales, todos sometidos a su voluntad, en la época todopoderosa, pero no obstante enfrentándose a situaciones distintas: el partido polaco, completamente reconstituido por Moscú durante la guerra, fue puesto en el poder por Stalin. El partido checo no era más independiente, pero incluía estratos más antiguos y, sobre todo, tuvo una actuación más activa y más autónoma en la conquista del poder en Praga en 1948. En todos los casos, la idea comunista no era en aquellos tiempos ésta en la que se ha convertido hoy. Entonces resultaba inseparable de un mensaje de emancipación. Había animado el Ejército Rojo que había pagado el más alto precio por desembarazar a Europa del nazismo; por sus sacrificios, recogió los colores de la libertad y de la democracia. Stalin ya no era el hombre de los procesos de Moscú, sino el de la toma de Berlín.

Para las generaciones posteriores a la guerra, pronto va a resultar tan difícil de comprender lo que fue, como imaginar que el fascismo pudiese encarnar una esperanza en los años veinte y treinta. Razón de más para insistir en ello. Además, la mayor parte de los países de esta Europa central y del Este —Polonia aparte— también tenían sus razones para acoger, sin hostilidad contra el comunismo, al gran hermano ruso.

Los checos se acordaban con amargura de Munich. Los húngaros y los rumanos tenían que hacer olvidar que habían estado en el lado malo durante la guerra. Los serbios, los croatas y los búlgaros amaban la idea de una solidaridad eslava. Ninguno de estos pueblos guardaban buenos recuerdos de Occidente: ni el Imperio austro-húngaro para unos, ni el periodo de entreguerras para unos y otros, eran recuerdos demasiado brillantes. Las dos guerras mundiales tuvieron en su origen este cúmulo de desgracias nacionales.

De este modo, el comunismo soviético encontró en esta Europa, en 1945, las condiciones favorables, independientemente de la mera relación de fuerzas militares a su favor. Incluso en esta parte de la Alemania ocupada por el Ejército Rojo, y que se iba a convertir en la RDA, había restos de una cultura obrera y de una tradición marxista que podían permitir arraigar el nuevo régimen en un abono de historia nacional con los aplausos de Occidente. Así pues, nada resultaría más inexacto que imaginar la fundación de los Estados que iban a convertirse en las «democracias populares» como el mero producto de la ocupación soviética. Esta, por supuesto, ha constituido el telón de fondo y también ha encarnado la opresión; sin embargo, se ha apoyado en la ideología comunista, las herencias históricas, las circunstancias de la época y los sentimientos desiguales pero siempre sustanciales.

Desde esta época desgraciada, la historia de estos países se ha convertido en una mezcla entre sus condiciones particulares de naciones históricas y las condiciones generales de la existencia social y política bajo el comunismo. En este aspecto, el comunismo stalinista y poststalinista se puede considerar como la última tentativa hasta la fecha para resolver la cuestión nacional en la Europa central y del Este por la imposición forzada de la dominación rusa. Pero esta tentativa, a la que el año 1989 ha puesto el punto final, ha presentado esta característica particular de tomar prestadas sus formas del marxismo-leninismo, lo que ha transformado su naturaleza misma.

Bien es cierto que, en un sentido, el Imperio soviético en la Europa del Este no ha sido más que el disfraz de la opresión rusa. La ideología universalista del soviétismo ha revestido un lenguaje de fraternidad, una relación de fuerza nacida de la I Guerra Mundial, prolongada por los acuerdos desiguales en el terreno económico y un alineamiento de los satélites en la política internacional de Moscú —siendo garantizado este conjunto por la presencia de fuertes guarniciones soviéticas por todas

partes—. Es evidente que la primera decadencia del Imperio, el conflicto de 1948 entre Stalin y Tito, fue más el producto de una voluntad de independencia de los comunistas yugoslavos que de su heterodoxia ideológica. Y toda la historia de las «democracias populares», con su poder de tutela, podría escribirse tomando como centro la cuestión nacional, igual que la historia de los pequeños pueblos europeos colonizados por su gigantesco vecino del Este con ocasión de una coyuntura excepcional. Esta no constituye más que un capítulo suplementario, el más trágico, de las interminables desgracias nacionales de esta parte de Europa; de estas naciones tan orgullosas de su pasado y tan poco seguras de su futuro, arrojadas entre las grandes potencias desde hace tanto tiempo, partícipes del mismo destino histórico, pero rivales entre ellas e, incluso, frecuentemente divididas en el interior de sí mismas. La opresión soviética «congeló» sus problemas de identidad colectiva sin hacerlos progresar ni un centímetro, sino quizá negativamente por la experiencia de una resistencia o, al menos, de una larga noche. El año pasado, las naciones del centro y del este de Europa se han vuelto a encontrar antes de la glaciación, pero cargadas de una experiencia común que las ha aproximado.

Porque la opresión que ha pesado sobre estos países no ha sido solamente la de Rusia. Es la del comunismo. Por más que los checos sean menos antirrusos que los polacos, o los búlgaros menos que los húngaros, a todos, indistintamente, se les ha impuesto por mediación de sus comunistas locales la doble penitencia de la economía estatalizada y el partido único, con la obligación de celebrar su desgracia en la misma lengua, como una conquista del pueblo trabajador. Jamás en la historia ningún pueblo sometido ha sido obligado a una identificación tan completa con la potencia dominante como las naciones de la Europa central y oriental. De golpe, también perdieron las señas de sus identidades respectivas, ocultadas por el discurso de la unidad del campo socialista. El viajero que pasaba de uno a otro de estos Estados comunistas podía olvidar un momento sus fronteras (cuidadosamente guardadas, sin embargo, incluso en los tiempos de su «fraternidad» más anunciada) a causa de sus rasgos comunes. Todos tenían la misma regulación económica, los principios filosóficos, el mismo régimen político. Todos, la misma economía lánguida, malos productos de consumo, un bajo nivel de vida, un partido comunista todopoderoso, un Estado policial. El universalismo emancipado del marxismo se transformaba ante nuestros ojos en una ideología de dominación imperialista más perfecta que la de ninguna potencia colonial en la historia del mundo.

Sin embargo, la historia de estos países satélites, entre el final de la guerra y 1989, está lejos de ser uniforme: continúa estando sometida a las tradiciones y a las diferentes fuerzas según los casos. Pero en todas partes vuelve a encontrar una variable funcional, a la que nadie se puede sustraer: nada menos que el grado de aceptabilidad por parte de Moscú de toda iniciativa local por poco importante que fuera. Stalin, en los buenos tiempos del sistema, no había tolerado no tener un control total

del partido yugoslavo. Breznev, menos poderoso, menos «legítimo», tuvo que aceptar la independencia del partido rumano, asegurando al menos el mantenimiento de su carácter totalitario. Mientras tanto, las crisis de 1956 en Polonia y en Hungría, la de la primavera de Praga en 1968, hicieron aparecer, independientemente de la particularidad de cada país, el dominio que les era común —y cuya sede estaba en Moscú. Mejor aún: las revueltas de 1956 tuvieron como condición previa ese temblor de tierra ideológico que fue la desestalinización en la Unión Soviética y el famoso discurso de Jruschov en el XX congreso del PCUS. Si el partido faro cuestionaba su pasado, ¿cómo no aprovecharon la ocasión los partidos hermanos? El giro de los acontecimientos hizo aparecer muy pronto los límites de dicha ocasión. No solamente no se trataba de salir del comunismo, sino que la corrección de los errores no debía sobrepasar el ámbito de Moscú: el revisionismo asumido solamente por los partidos comunistas era el único futuro del comunismo. La demostración volvió a hacerla Breznev en Praga en 1968, con el consentimiento general de las potencias occidentales.

La idea de salir del comunismo o, si se prefiere, la idea del radicalismo democrático, en aquella época estaba muy extendida entre las *intelligentsias* y las «opiniones públicas» de la Europa del Este. Además, existía también en la Unión Soviética en pequeños círculos. Pero parecía tan irreal, al contemplar la dependencia geopolítica de los países satélites frente a Moscú, que no se había planteado como tal: testimonio de la experiencia de Solidaridad, el movimiento más precoz y más audaz en el cuestionamiento del monopolio político del PC. Walesa y sus seguidores —de los cuales cierto número son antiguos «revisionistas»— sitúan deliberadamente su acción en el exterior del PC. Desde este momento, a través de ellos, la sociedad polaca, con la clase obrera a la cabeza, se organiza fuera de los comunistas y contra ellos Moscú sigue siendo la inevitable potencia dominante, y los hombres de Solidaridad son los bastante realistas como para tenerlos en cuenta. Pero Polonia, liberada del miedo, reconquista su lenguaje y no mantiene con la Unión Soviética y los hombres de Moscú en Varsovia más relaciones que a las que está sujeta. Cuando se producen los altercados de diciembre de 1981, el PC polaco no es más que un apéndice del ejército y de la policía, todavía bastante fuerte para hacer callar provisionalmente a la nación, pero que ya ha perdido toda la legitimidad e, incluso, toda apariencia de legitimidad.

En esta época, la idea comunista ha muerto en casi todas partes entre las opiniones públicas del Este europeo, tanto en su forma pura como en su maquillaje revisionista. Los regímenes comunistas sobreviven porque siempre sacan su fuerza de la potencia colonial y de que se identifican con el aparato del Estado local. Aquí y allá, en Hungría por ejemplo, hubo acuerdos tácitos de coexistencia con la sociedad civil. En otras partes, y este «otras partes» cubre la mayor parte de los casos —Rumania por supuesto, pero también Checoslovaquia, Polonia, Alemania

del Este—, el viejo terror policial se reduce cada vez más por la fuerza desnuda servida por la resignación de las poblaciones: nadie cree en cambios importantes en Moscú en un futuro previsible.

Ahora bien, *estos cambios se llevan a cabo*. Es la divina sorpresa de Moscú. Sorpresa, a decir verdad, que tarda unos cuantos años en tomar cuerpo, a medida que los pueblos, al igual que los expertos, se interrogan sobre el proyecto de Gorbachov. Pero, sorpresa divina cuando, a comienzos de 1989, se produjo el compromiso entre Jaruzelski y Solidaridad, seguido inmeditadamente por un triunfo electoral de los candidatos de Solidaridad, al mismo tiempo que Hungría emprende, como quien no quiere la cosa, el desmantelamiento del telón de acero. El revisionismo de Gorbachov que se quiere en la Unión Soviética, fiel a los principios del leninismo, desemboca en lo que parece una autorización de salida concedida a los individuos y a los Estados del campo socialista. Por la puerta que Hungría deja abierta hacia Austria, los alemanes abandonan masivamente la RDA. Son los únicos que pueden reencontrar su patria abandonándola. Al término de las elecciones libres, con un poder repartido provisionalmente, los polacos salen del leninismo. Moscú acepta la nueva dinámica y enseguida Gorbachov indica a Honecker que el Ejército Rojo no intervendrá para salvar a sus clientes, incluida Alemania. Poco importa que creyese o no que se podría sustituir a los comunistas menos dogmáticos: también ha asumido el riesgo de ver disgregarse todo el Imperio en unas cuantas semanas. Lo que de hecho tuvo lugar.

El primer hecho de la disgregación del Imperio es por lo tanto la decisión, tomada en el Kremlin, de no defender ya a toda costa —incluida la fuerza militar— la cohesión e incluso la existencia: decisión que era considerada inverosímil por la opinión pública y los especialistas y que todavía mantiene una gran parte de su misterio. Lo cierto es que las «revoluciones» de la Europa central y oriental de finales de 1989 —Berlín, Praga, Bucarest— no cobran sentido más que con relación a esto. Además, nadie sabe qué papel han desempeñado los hombres de Gorbachov en su desencadenamiento, su curso y su resultado. Se sospecha que han manejado toda Bucarest. En Berlín, y en Praga más aún, la situación se les escapó rápidamente; pero esto no impide que en Alemania intentasen durante algunas semanas la «solución» Ugo Krentz.

Además, la intervención de las masas populares no tuvo lugar ni en Polonia —donde Solidaridad condujo el proceso de emancipación en su nombre—, ni en Hungría, donde el partido comunista húngaro mismo fue quien se hizo progresivamente el *hara-kiri* político, que todavía no estaba registrado en el repertorio de los partidos totalitarios. Finalmente, una última característica de esta liquidación de los regímenes de la Europa central y oriental tiende también a reducir, o al menos a relativizar, la importancia de lo que se ha dado en llamar las «revoluciones» populares: la ausencia de sangre derramada.

En este final de siglo tan pródigo en masacres cometidas en nombre de las ideologías, el final del Imperio comunista de Europa —excepción hecha en Rumania— se ha producido casi pacíficamente, dentro de un acuerdo casi general. Este acontecimiento gigantesco comenzó con una secuencia característica: miles de alemanes abandonan su patria comunista por su patria capitalista al volante de sus pequeños Trabant donde habían amontonado sus magros haberes. Este éxodo de una pequeña burguesía a la búsqueda de un futuro mejor para sus hijos evocaba más un desplazamiento de población hacia bienes menos escasos que una lucha heroica por la libertad o la muerte. Más tarde, esta misma escena de la lucha por la salida se vuelve a dar en Tirana por el canal de las embajadas extranjeras. Después de haber pasado las dos guerras mundiales, el nazismo y el comunismo, Europa parece haber consumido su pasión por la violencia sanguinaria, tanto en el Este como en el Oeste. La salida del comunismo prometía estar acompañada de terribles enfrentamientos y se ha hecho en la paz civil, sin que haya ido seguido de arreglos de cuentas o de depuraciones. La «revolución de terciopelo» en Praga o la transición democrática en Budapest han inaugurado nuevas formas de cambio radical de régimen.

Es cierto que este cambio radical no es del tipo de aquellos a los que nos tiene acostumbrados el repertorio revolucionario desde 1789. Porque ya no se trataba de inventar una sociedad todavía inédita en la historia, sobre las ruinas de la que se trastoca, sino por el contrario, de volver a la que precedió al régimen comunista: es decir, de restablecer la propiedad privada, la igualdad ante la ley, la garantía judicial de las libertades, la independencia de las Iglesias, elecciones libres, un gobierno constitucional. Ejercicio que se podría considerar más fácil, en la medida en que se trata no de improvisar lo nunca visto, sino de volver a lo conocido, beneficiándose al mismo tiempo, por imitación, de la historia de las democracias occidentales y, por rechazo, del fracaso comunista. Sin embargo, si las revoluciones anticomunistas han sido relativamente fáciles, la tarea que les espera no lo es.

Por dos razones que se encuentran la una en el pasado de estos países y la otra en su situación actual. Desde el siglo XIX, para no remontarnos más en el tiempo, los pueblos de la Europa central y oriental no se han llevado, en general, demasiado bien con la democracia. La herencia de la Revolución Francesa alimentó más el nacionalismo que los derechos del hombre. El antiguo régimen sobrevivió más o menos hasta la II Guerra Mundial apoyándose sobre unas vastas propiedades de fincas y los gobiernos fueron con frecuencia más autoritarios que liberales. Habría que matizar este panorama según los países y los Estados, partiendo de Checoslovaquia, por ejemplo, para llegar a Rumania; pero finalmente, para la mayor parte de ellos, este famoso pasado democrático que se intenta hoy restaurar es más bien una recuperación de los ideales de la *intelligentia* liberal que una vuelta a un estado social que hubiera existido plenamente.

Porque los cuarenta años de comunismo han creado una situación verdaderamente dramática. Es cierto que se han liquidado las viejas aristocracias terratenientes, pero ¡a qué precio! También han destruido todas las élites de estos países, morales, religiosas, intelectuales, económicas y políticas; han echado a los judíos que habían sobrevivido al genocidio hitleriano; han acabado con la vida de las ideas, desmoralizado a las poblaciones, arruinado la economía, revestido la tiranía con el vocabulario de la emancipación. Bajo cualquier aspecto que se examine hoy el balance de estas dictaduras comunistas, no se encuentran más que ruinas. No existe herencia de los antiguos regímenes comunistas. No dejan nada inédito en los materiales ofrecidos por la reconstrucción, ya que hay que volver a partir de los principios de la libertad democrática, que ellos se ingeniaron en liquidar bajo el pretexto de llevarlos a cabo. Restauración que toma sus ejemplos de Occidente, sobre la base de una negación pura y simple de la utopía asesina que la ha precedido. La operación es, por lo tanto, doblemente difícil. En principio, porque se trata de «restaurar» un estado social y político que no ha existido más que parcialmente y cuyo modelo está en otra parte. Pero más aún, porque lo que existía ha sido metódicamente destruido por las «revoluciones» comunistas de la postguerra, fatales, especialmente en todo lo que ha podido asemejarse a una iniciativa social. Por un lado, estas sociedades han sido «congeladas» por la tiranía burocrática de tal forma que, a la salida del túnel, se las ve reaparecer con sus rasgos debilitados de hace cincuenta años. Por otra parte, han sido tan profundamente heridas por su participación forzosa en la mentira totalitaria que tendrán muy difícil encontrar en ellas mismas el recurso moral de su renacimiento económico y político. La RDA tiene un hermano mayor en el que apoyarse. Pero, ¿y los otros? La «tabla rasa» ante la que se encuentran en todos los terrenos es tan amplia...

Para comprender la dimensión dramática del problema, hay que volver a la situación de la Unión Soviética. Ha sido en el corazón del Imperio, allí donde se inventó todo, donde el comunismo ofrece la situación más desesperada.

La forma en la que se ha descompuesto progresivamente sigue siendo todavía muy misteriosa: en todos los terrenos, la Unión Soviética es extraordinariamente opaca y en esto no es la excepción. Se ve claro bajo qué factores externos se ha llevado a cabo la gran reforma gorbachoviana: el coste de la potencia mundial y especialmente la carrera armamentística han acabado por extenuar la maltrecha economía soviética, a la que ha habido que restablecerle el tono. Quizá los historiadores digan algún día que la política de Reagan ha sido en este aspecto más eficaz que lo que se le reconoce generalmente en la prensa internacional. Pero queda que el deterioro interior de la Unión Soviética había alcanzado al final de la era Breznev un grado tal, que no solamente la potencia del país sino su salud física y moral, su suministro, sus condiciones de vida, la capacidad de las autoridades públicas para satisfacer las necesidades sociales elementales, eran cuestionadas. Hasta el punto que uno de los

muy raros observadores que había previsto la crisis general ha resultado ser un joven demógrafo, Emmanuel Todd, que había descubierto, en los años setenta, el alza de la tasa de mortandad infantil.

A partir de un diagnóstico que ahora se puede, si no cifrar con precisión, al menos imaginar a grandes rasgos, ¿qué ha querido hacer Gorbachov? La única respuesta segura que me parece que hay a esta interrogación universal es que no ha querido hacer lo que ha hecho. Es una respuesta que molesta a los ciudadanos del mundo occidental, más propensos que los rusos, los ucranianos, o los azerbaijanos a celebrar el genio del primer secretario del PCUS. En efecto, las opiniones públicas del Oeste prestan a su política una coherencia y un orden que provienen más bien de un deseo secreto que de la evidencia de los hechos. Porque, después de haber ofrecido la imagen por excelencia de una sociedad cuajada por un Estado totalitario, la Unión Soviética es hoy el teatro de una extraordinaria improvisación de la historia cuando nosotros querríamos más que nunca saber, o por lo menos adivinar, un poco qué se cuece en la olla de los sobrevivientes del comunismo. Gorbachov nos puede dar fácilmente la sensación de tener un cierto dominio de los acontecimientos ya que, después de todo, él los ha puesto en marcha en gran medida.

Esta historia queda por escribir, incluso simplemente por conocer, pues incluso en el momento en que se descompone, la Unión Soviética permanece rodeada de secreto. Ha comenzado como una clásica batalla de sucesión por el poder, ya que cada nuevo secretario general debe colocar a sus hombres al precio de una modificación o incluso de una crítica de la política de su predecesor. En este caso, Andropov no permaneció en el cargo el tiempo suficiente como para ofrecer un blanco a su sucesor; se encontró con el aparato de Breznev al que tenía que someter o eliminar para ser el amo y señor. Gorbachov ha hecho, pues, lo mismo que Jruschov: ha acumulado en sus manos el máximo de poder. Pero lo ha hecho de una forma inédita. Antes de él, el partido había constituido el único medio de poder. El secretario general, si llegaba el caso, podía volverse contra él, destruir el esqueleto para rehacerlo, como Stalin en los años treinta; pero nadie era el amo de la Unión Soviética sin tener la autoridad absoluta sobre el aparato comunista. Cuando Jruschov perdió su autoridad en 1964, cayó. Ahora bien, Gorbachov, para imponerse, ha tomado otro camino. No ha reconstruido el partido como instrumento para su reinado. Se ha apoyado en elementos externos del partido. En resumen, ha cambiado las reglas del juego.

En cuanto fue elegido secretario general en 1985, comenzó a movilizar a su favor las fuerzas exteriores del partido y al sistema político. Táctica que en el fondo no estaba muy lejos de la de Mao cuando lanzó a las masas contra el aparato del partido: se trataba al mismo tiempo de reinventar un entusiasmo comunista y de debilitar a los dirigentes comunistas rivales en el Buró político. Pero el asunto discurrió de otra forma.

La modesta apertura hacia la sociedad y la relativa suspensión del terror policial no ha dejado ver una superación del comunismo sino una exigencia de democracia, a la que Gorbachov ha cedido progresivamente, forzado por las circunstancias: amenazado con quedar en minoría en el partido como Jruschov, ha reanimado el Parlamento y ha tenido que apoyarse en fragmentos de opinión pública, tales como la *intelligentsia*. Pero por esto, al debilitar a sus adversarios, también se ha debilitado, destruyendo el origen de su legitimidad, ofreciendo un terreno nuevo a rivales imprevistos y suprimiendo, con el miedo, el principio de obediencia. Incluso el creciente desorden de la economía no tiene otra razón, en la medida en que es inseparable de la anarquía en el Estado: «Al suprimir el terror, también se ha suprimido la confianza», me decía recientemente un miembro del Parlamento soviético, sin embargo gorbachovista convencido. Frase terrible, pero frase profunda, que define bien el carácter frágil e híbrido del nuevo «presidente» de la Unión Soviética, demasiado comunista para lo que ha concedido de libertad.

No hay ninguna razón para suponer que Gorbachov haya sido un anti-comunista enmascarado, o incluso un mal comunista, de 1985 en adelante. Todo induce a creerle bajo palabra, cuando todos estos últimos años no cesa de predicar el renacimiento del comunismo. Pero las circunstancias han hecho añicos su proyecto y él ha seguido a las circunstancias sin tener un proyecto de recambio: esto es lo que da a su carrera política ese carácter a la vez decidido —ya que siempre elige el «lado bueno» de los acontecimientos— y totalmente incierto —pues nadie, y él menos que nadie, sabe a dónde va. Avanza, practica incluso la huida hacia adelante, pero sin objetivos. Formidable fuerza animada por la pasión de sobrevivir más que por la voluntad de dominar.

El comunismo ha muerto, con su ayuda, en la Europa central y del Este en 1985. Ahora bien, en febrero de 1990, él hace que se vote en el Comité Central del PCUS de forma casi unánime la medida que ha conducido a los países satélites por este camino: el final del monopolio político del partido, iniciativa, o reacción, típica de su estilo; para replicar a sus enemigos, a los que la situación proporciona argumentos fuertes, hace pasar una medida que les debilita a ellos, pero que también le debilita a él. Pues el monopolio político del partido es, para él más aún que para ellos, el secreto del poder absoluto. Al votar el fin sin duda los más conservadores del Comité Central aceptan una derrota capital. Pero Gorbachov asume el riesgo de una oposición futura infinitamente más fuerte que la suya. Se me puede decir que esperaba conjurar ese riesgo. En efecto, probablemente pensaría reagrupar en torno a él, con el grueso de los comunistas, un gran partido del Presidente que tendría a sus lados una derecha y una izquierda marginales; algo así como el Partido Revolucionario Institucional mexicano, guardián juicioso de una legitimidad revolucionaria perdida en la noche de los tiempos. Pero, precisamente, no le ha salido bien la jugada y por el contrario, ha abierto el camino al desarrollo de una fuerte corriente de oposición democrática, de la que su

De este modo, la patria del comunismo no escapa al fin del comunismo, pero lo vive a su manera, más lenta, más compleja y más profunda. La originalidad de la situación soviética contiene varios factores específicos, un inventario de los cuales, aunque breve, permite medir su alcance.

El primero es evidentemente la duración del régimen. Los países de la Europa central y oriental han tenido una experiencia relativamente corta en éste, una o dos generaciones, mientras que la Unión Soviética lo inventó y lo ha hecho vivir durante setenta años. Además, los primeros lo ilegitimaron muy pronto, unos cuantos años después de su puesta en práctica. Por el contrario, en el caso de la Unión Soviética, el comunismo tuvo como padres fundadores a dos figuras carismáticas: Lenin y Stalin, y a quien por su victoria sobre la Alemania nazi se rodeó de una gloria nacional y universal de la que supo hacer un formidable uso, en el interior y en el exterior. Por eso, el sistema se ha beneficiado de un arraigo social particular, del cual dan una idea los libros de Zinoviev, por ejemplo. Ha creado sus hábitos y sus conductas, por lo que el ciudadano soviético, privado de libertad política y de comodidad material, aprovechaba ciertas ventajas, como la de trabajar poco.

Pero por otro lado, el régimen siempre ha tenido como condiciones esenciales la mentira ideológica y el terror policial. Mediante la una, prohibía la comparación con Occidente; mediante el otro, hacía respetar esta prohibición. Ahora bien, esta pareja central del funcionamiento totalitario perdió su eficacia después de Stalin. Jruschov hizo entrar la verdad en la mitología soviética y comenzó a deshonorar el terror. A partir del momento en que la referencia a Occidente se convierte poco a poco en la obsesión común de la *nomenklatura* y de una oposición intelectual clandestina más o menos tolerada, ya no queda del comunismo más que lo que había destruido de la antigua identidad con el Oeste; es decir, nada, en el sentido pleno del término, una pura negación, una sistemática «tabla rasa». Se hizo añicos una sociedad hasta que tomó conciencia de sus recursos de reconstrucción a la occidental, cuando para ello no tiene otros a su disposición.

Esto es lo que ha dado a la política gorbachoviana este aspecto surrealista que exaspera a los ciudadanos soviéticos. El Presidente está completamente desnudo y hace como si estuviera vestido. Habla de reanimar la economía y la situación alimenticia no cesa de agravarse. Pretende reformar el régimen comunista y no tiene otras ideas que las que toma prestadas de la tradición occidental. Quiere dar una nueva juventud a la esperanza de Octubre de 1917 y todas sus acciones conspiran, a fin de cuentas, para extinguirla. Hace como si todavía gobernase su país, pero sólo le cree el Oeste, fiel a su constante credulidad en la Unión So-



viética. Los Estados bálticos reclaman su independencia, los pueblos más antiguamente sometidos por la Rusia de los zares han comenzado en la anarquía y en la sangre una descolonización tardía pero tanto más explosiva; Ucrania occidental manifiesta con fuerza su hostilidad hacia Moscú, la República de Rusia proclama la plena soberanía de su reciente legislación, contradictoria con la de la Unión —en resumen, es la Unión Soviética misma la que se encuentra cuestionada. Gorbachov preside en una disgregación general mientras Occidente quiere darle a toda costa un estatuto de reconstructor.

El comunismo soviético se muere de una descomposición interna, como para desmentir aún una última idea del marxismo, según la cual las sociedades sólo mueren cuando están preparados los elementos del relevo, formados en el seno del mundo antiguo. El hecho de que el comunismo soviético no deja prever nada de qué será la sociedad que le sucederá. El secreto de la especie de angustia que suscita su desaparición existe un poco en todas partes, incluidos sus adversarios. En efecto, si todo lo que cuenta en el mundo político (francés, por ejemplo) busca resolver el problema antes que comprenderlo, es que el Imperio edificado sobre una pretendida conformidad con las leyes de la historia no encarna más que el contrario exacto de esta pretensión: su futuro, incluso el más próximo, es rigurosamente imprevisible.

Traducción: Miguel Hernández